





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

DE PIEDRA Y HUESO

BÉRENGÈRE COURNOT

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

*Este libro se escribió muy cerquita de François,
Émile y Philémon —de ellos es—*

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2021
TÍTULO ORIGINAL: *De pierre et d'os*



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

© Le Tripode, 2019

This edition published by arrangement with Le Tripode in conjunction
with their duly appointed agents Books And More Agency, Paris, France
and The Ella Sher Literary Agency, Barcelona, Spain. All rights reserved

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2021

© Errata naturae editores, 2021

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-70-3

DEPÓSITO LEGAL: M-31250-2020

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Juliette Maroni

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

NOTA PRELIMINAR

Los inuit son los descendientes de un pueblo de cazadores nómadas que se despliega por todo el Ártico desde hace mil años. Hasta hace muy poco, no tenían más recursos de supervivencia que los animales que cazaban, las piedras que la tierra helada dejaba libres, las plantas y las bayas que crecían bajo el sol de medianoche. Comparten su inmenso territorio con una gran cantidad de animales más o menos migratorios, pero también con los espíritus y los elementos. El agua en todas sus formas configura su universo constante, el viento se les cuela en los oídos y sale de sus gargantas transformado en hálito ronco. Tienen un canto para cada ocasión, que acompañan a veces del latido de los tambores chamánicos.

PRIMERA PARTE
UQSURALIK

1

Es la tercera luna desde que el sol desapareció tras la línea del horizonte —y la primera vez en mi vida que me duele tanto la tripa—. Despegarme del cuerpo cálido de mi hermana y mi hermano, desprenderme de las pieles que nos recubren, descender de la tarima de hielo.

Bajo su cúpula, mi familia semeja un animal inmenso replegado sobre sí mismo. Normalmente, respiro como todos, con el mismo gruñido de mi padre, pero esta noche un dolor me parte en dos y me hace salir. Ponerme un pantalón, botas, una chaqueta, escabullirme a hurtadillas de la casa de nieve.

El aire helado entra en mis pulmones, recorre mi columna vertebral, me aplaca la quemazón de las entrañas. Por encima de mí, la noche es clara como una aurora. La luna brilla como dos cuchillos de mujer unidos, de

hojas afiladas. Alrededor corretea un nutrido rebaño de estrellas.

La luz débil y azulada que cae del cielo revela bajo mis pies un líquido oscuro y viscoso. Acercó la nariz a la nieve: se diría que mi vientre expulsa sangre e higadillos de aves. ¿Qué será esto?

2

Inclinada sobre el charco, no he oído el bramido a lo lejos. Cuando noto la vibración en mis piernas, ya es demasiado tarde: la banquisa está quebrándose a pocos pasos de mí. El iglú, el trineo y los perros están al otro lado de la brecha. Podría gritar, pero no serviría de nada.

El crujido descomunal ha despertado a mi padre, que se ha plantado con el torso desnudo delante de la entrada de nuestro refugio. Llevándose una mano al pecho, me lanza su diente de oso prendido de un cordón. Me tira también un paquete que pesa mucho y hace un ruido sordo al caer. Es una piel enrollada muy prieta. El arpón que la acompañaba se ha partido bajo el peso. Recojo el mango, pero la otra parte se hunde en la sopa de hielo. En el momento en que desaparece despacio, la flecha emite un sonido extraño, como de pez que boquea en la superficie.

La silueta de mi madre se alza ahora junto a la de mi padre. Mi hermana y mi hermano salen uno detrás de otro del pasadizo del iglú. No decimos nada. Pronto, la

brecha se transforma en canal, una niebla se eleva del agua oscura. Poco a poco, mi familia desaparece entre la bruma. Me llega el grito de mi padre imitando al oso, cada vez más lejano —hasta que se extingue del todo—. Un silencio lúgubre invade mis oídos y me contrae la nuca.

3

Antes de que la niebla se lo trague todo, recojo del suelo el amuleto y me lo cuelgo del cuello. A unos pasos de distancia yace la piel enrollada —una piel de oso—. Por suerte, mi cuchillo de medialuna estaba en el bolsillo de mi parka. Utilizo el mango de marfil para deshacer las ataduras. Voy a echar en falta cruelmente el arpón. Mi padre debía de estar muy afectado para malograr un lanzamiento así.

La niebla que sale de la brecha se condensa. La luz de la luna no es más que un halo difuso. Tengo que guiarme por el oído, fiarme del rumor del agua y los carámbanos. El mango del arpón me sirve para sondear el hielo y no pisar entre dos placas.

De repente, un chirrido atrae mi atención. Temiéndome otra fractura, me tumbo y aguardo. Si una fisura se forma debajo de mí, tardará en alcanzar el tamaño de mis extremidades extendidas. Curiosamente, el ruido se prolonga, pero no se desplaza. Se diría que algo se mueve en alguna parte. Gruñe, respira, escarba. Se me encoge

el corazón: ¿y si me persigue un espíritu? ¿Y si la brecha fuera obra de Torngarsuk? ¿Y si ese ser maléfico dejara caer sobre mí su brazo inmenso para aplastarme como a un mosquito? A sabiendas de que es un gesto ridículo, me cubro la cabeza con la piel de oso. Y sigo espiando por debajo lo que ocurre.

A pocos pasos, la nieve se levanta igual que una ola. Un escalofrío de terror me recorre el espinazo... y se transforma en sobresalto de alegría: ¡es Ikasuk! La mejor perra de mi padre. Ella y cuatro perros jóvenes debían de estar escondidos bajo un montículo de nieve cuando la banquisa se partió. Ladran. El resto de la jauría responde a lo lejos, pero el viento tapa enseguida esas voces fantasmagóricas. Estoy sola —con cinco perros recién salidos de la nada—.

Me levanto, observo a los machos. Tienen unas ganas furiosas de tirarse al agua. Me acerco, no me muevo, no digo nada. Ellos me miran con disimulo. Parecen pensar que yo tengo algo que ver con todo esto, que la situación es culpa mía. Avanzo para situarme frente a ellos.

De pronto, uno se abalanza sobre mí. Me tiro a un cúmulo de nieve para evitarlo. Los otros gruñen, arrugando el hocico. El perro ha saltado por encima de mi cabeza y ha aterrizado en el punto donde me encontraba cuando la banquisa se partió. Está como loco. Gruñe, rasca, se desgarran el morro contra el hielo. Está devorando la sangre coagulada que ha salido de mi vientre.

Los otros tres machos me escudriñan como a una presa. Me levanto de sopetón y grito el nombre de Ikasuk.

De un brinco, la perra se planta entre ellos y yo. El primer macho, que está al otro lado, se me abalanza por la espalda. Ikasuk da media vuelta. Hay gañidos, gruñidos, dentelladas. Por último, un aullido estridente: la perra ha atrapado entre sus mandíbulas el pescuezo de su adversario, se derrama sangre fresca sobre la nieve. Sin soltar al perro, mira fijamente a los otros tres con ojos brillantes. Ella es la que manda, y está dispuesta a defenderme. Los machos jóvenes se rinden sin oponer más resistencia. Ahora la observan como si simplemente acabaran de disputarse un hueso con ella.

4

La niebla no se disuelve, tengo que alejarme del agua negra. Agarro con los dos brazos la piel de oso y camino en la que me parece la dirección contraria a la brecha. La bruma es tan densa que, en apenas unos pasos, podría cambiar de rumbo sin darme cuenta. Los perros me siguen a buen ritmo. No les quito ojo, vigilando que Ikasuk se encuentre siempre entre los machos jóvenes y yo.

Por fin, la nube escupida por el mar entre sus dos labios de hielo cesa drásticamente. De pronto veo de nuevo la luz azulada de la luna, la banquisa se extiende ante mí. Está crispada de picos acerados y bloques infranqueables. Mi única opción para sobrevivir es llegar a tierra firme, a una de las montañas que se divisan a lo lejos. Con la

esperanza de que ninguna otra brecha me lo impida, y que la luna se muestre el tiempo necesario para alumbrar mi camino. Debo avanzar mientras dure la luna, sin mirar atrás.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que me veo obligada a tomarme un pequeño descanso. Escojo un montículo lo bastante alto para protegerme del viento. La luna ha desaparecido detrás del horizonte, pero gracias a las estrellas el cielo aún clarea. No pienso en nada —especialmente en mi familia, ni en el campamento de invierno que hemos dejado atrás—. Ignoro cuántos obstáculos me separan del litoral y del resto de seres humanos.

Hurgando en el bolsillo de mi calzón de piel, encuentro algo de carne cruda y unos trozos de grasa. Me los dio mi padre ayer, antes de que saliéramos a cazar. Rechazo esa imagen con todas mis fuerzas e hincó los dientes en un pedacito de carne congelada. Los perros me miran. Están acostumbrados a que mi padre y yo comamos delante de ellos. Pero no estamos cazando, y no les daré nada por ahora.

... He debido de amodorrarme un momento mientras observaba el cielo, el hocico de Ikasuk contra mi pierna me sobresalta y despabila. No debo dormir. Los perros olisquean mi pantalón, que huele a carne. Sin darles nada, me envuelvo en la piel de oso y sigo caminando. Las montañas quedan muy lejos, forman una línea azul oscura.

He caminado durante tres días, expuesta al frío y la luz de los astros. Como los perros están sometidos a pocos esfuerzos, me abstengo de alimentarlos. Excepto a Ikasuk, a quien le di un trocito de grasa el segundo día. Esto desató una pelea en la que volvió a demostrar que ella es la cabecilla de la jauría. Era el objetivo. Soliviantados por la injusticia, los machos sacaron fuerzas para ir a cazar solos. No sé hasta dónde llegaron, pero regresaron con la boca manchada de sangre seca y mechones de pelo blanco en el hocico. Probablemente algún zorro o liebre ártica perdidos en la banquisa. Distingo también la silueta de un *inukshuk* —reconfortantes montículos de piedras con forma humana—. Aquí han acampado hombres.

Cuando llego a la isla, la negrura a mi alrededor es total. El ruido más sordo del hielo bajo mis pies indica que por fin piso tierra firme. Descanso un momento envuelta en la piel de oso. Y me digo que es la última vez: o encuentro cobijo para el próximo descanso, o muero de frío aquí, en esta costa. Después de los tres o cuatro días que he estado caminando por la banquisa, mi cuerpo no es más que dolores y hambre. He sacado fuerzas para llegar hasta esta isla procurando no pensar en nada, pero ahora que he llegado, me doy cuenta de lo sola que estoy. Mi supervivencia pende de un hilo. Soy demasiado joven para haber conocido a un espíritu capaz de salvarme. Ikasuk,